

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

LAS FERIAS DE MADRID.

Comedia en tres actos y seis cuadros, original de los señores D. Narciso Serra y D. Juan Dot y Michans, representada con grande aplauso en el teatro de la Comedia (Instituto) en el mes de octubre de 1849 y setiembre de 1850.

PERSONAS.

SIR JORJE.	RITA.
PABLO.	FRASQUITA.
JUAN.	DOÑA ANGUSTIAS.
ANDRES.	SEÑORAS 1. ^a , 2. ^a y 3. ^a
CUOBILLO.	CARLOS.
CLARA.	D. JUAN.
ANTONIA.	D. JUSTO.
DOÑA MAGDALENA.	RAMIRITO.
LUISA.	CARALLEROS 1. ^o , 2. ^o y 3. ^o
LA COMISARIA.	CIEGO DEL TITIRIMUNDI.
DOÑA CECILIA.	UN CELADOR.
ELENA.	

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO.

LA SEÑORITA.

El teatro representa una taberna rodeada de bancos. Mesas esparcidas por la escena, puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, después PABLO.

CLARA. Estoy sola. Ya, ya puedo llorar; como alivia el llorar, corred lágrimas mías, no os golpeis calladas en mi corazón, porque me ahogaríais. Hermosa madre de los ángeles, estrella de los que la tienen adversa, no olvideis á una pobre muger que sufre, y llora y calla.

PAB. Buenas noches, Clara. (por el fondo.)

CLA. Quién? Ah! buenas noches, señor Pablo.

PAB. Has llorado... no me lo ocultes, has llorado mucho, pobre niña! y... ya lo ves, á mi á quien las penas han hecho insensible, al ver tus lágrimas, brota tambien el llanto á mis párpados secos y encendidos; porque tú eres mi ángel bueno, porque me dejas que te quiera, y no te espantan mis arapos; porque sabes que hay debajo de ellos un corazón que no tiene nadie á quien amar, á nadie sino á ti, que me abriste compasiva la puerta de esta casa, la noche que me habia acogido á su dintel, muerto de hambre y de frio.

CLA. Señor Pablo...

PAB. Déjame que lo recuerde; á tu edad se vive de ilusiones, y de recuerdos á la mia; por desgracia son tan pocos los buenos... Así es que nos queremos por egoismo, y porque sufrimos mucho.

CLA. Si, pero el sufrimiento se acaba cuando se nos ultraja sin justicia, y sin justicia padecemos; á mi me insultan, me maltratan; y por qué? porque estoy sola. Ay! sola... en fin, señor Pablo, le he llamado para decirle, que estoy resuelta, que abandono esta casa que he regado tanto tiempo con mis lágrimas, y mas que me muera de hambre.

PAB. Pobre niña! y á donde irás?

CLA. No sé.

PAB. Y quién te protegerá? Yo, pobre mendigo y medio ciego?... tú aun eres poderosa en parangon conmigo; tú tienes un techo, y á mi tal vez me falten cinco pies de tierra cuando...

CLA. Señor Pablo!

PAB. Vamos, no te aflijas. Ya ves, yo soy el interesado, y sin embargo, estoy tan sereno... Los pensamientos tristes o alegres no hacen efecto; al cabo de cierto tiempo: mi trabajo me ha costado acostumbrarme á los primeros; cuando recordaba el pasado, miraba el porvenir, y sobre todo al presente, me ponía de un humorcito, que ya... Tú no sabes mi historia?

CLA. No señor.

PAB. Pues bien, te la contaré; así como así estamos solos, y tal vez oyendo mis desdichas, te olvides un momento de las tuyas. Has de saber, hija mía, que no siempre estos pobres vestidos han cubierto esta pobre humanidad, mucho mas pobre que ellos. Hubo una época en que era yo un verdadero currutaco, un guapo mozo; de esto hace algun tiempo, como podrás presumir fácilmente. Cuentan que mi padre tenía un mayorazgo medianero; solo éramos dos hijos, mi hermana y yo; así que en cuanto la chica tomó su legítima, mi padre me decía cariñosamente, diviértete, hijo mío, ya ves que el mayorazgo es tuyo. Yo me divertía por obedecer á mi padre, que ciertamente no era profeta.

CLA. Pues qué, el mayorazgo no fué de V?

PAB. Ni mío ni de nadie. A cada viejo le acomete una manía, y á mi padre se le encajó en la cabeza tener razon en todo, y por todo, y á despecho de todo el mundo; armaba un pleito por la cosa mas insignificante, y de pleito en pleito... así fué que perdió el mayorazgo y la vida, y yo el padre y el mayorazgo, sin tener mas que el cielo y la tierra.

CLA. Y porqué no se había usted dedicado á algo?

PAB. Por eso, porque no me había dedicado á nada. Pasaba de los treinta, y á esa edad es muy duro empezar á trabajar. Viví con mi hermana hasta que me harté de cuñado, y entré en una casa de comercio. Al cabo de mucho tiempo tuve sueldo, y lo agregué al capital de mi principal; ibame medianamente, cuando una noche despierto á los gritos de fuego! fuego! Virgen santa! esclamo; qué vá á ser de mí, si arde mi mayorazgo número dos! Salgo de mi cuarto, y una víga que cayó sobre mi cabeza, me hizo perder el sentido.

CLA. Pobre señor Pablo!

PAB. Y tan pobre como quedé! Mi enfermedad fué costosa y larga; perdí casi totalmente la vista, y mis salarios y mis esperanzas quedaron convertidas en humo. Desde entonces mis asuntos han ido de mal en peor, hasta que me he dedicado á la mendicidad y la filosofía, con cuyas dos profesiones estoy como ves. Todo esto que te he contado, ha sido para hacerte ver, que hay otros tal vez mas desgraciados que tú; y para aconsejarte que permanezcas en tu casa.

CLA. No, no! Prefiero morir cien veces.

PAB. Morir! morir! Oh! esa idea tan espantosa no cabe en tu cabeza de ángel; antes que la muerte está la esperanza; espera, hija mía.

CLA. Y en quién?

PAB. En Dios!

CLA. Ay! en él tan solo!

ANT. (dentro.) Arriba, dormilon.

CLA. Ay señor Pablo!

PAB. Si, si; me marchó á mi banco, y procuraré que no me vean; pero serénate; (tiene fiebre); me prometes tener juicio?

CLA. Si señor.

PAB. Bien; adios. (Bendita seas.) (se recuesta en un banco de los del fondo que estará algo oscuro.)

ESCENA II.

CLARA, la señora ANTONIA, el señor PABLO retirado

ANT. Buenas noches.

CLA. Buenas noches, señora Antonia.

ANT. Y el señor Juan?

CLA. No ha venido todavía; ya sabe usted que acostumbra á retirarse tan tarde.

ANT. Y hace muy rebien, porque en su zaranda no manda denguno. Pué que este ya cansá de aguardarle la señorita?

CLA. Yo, no señora. Estoy ya muy acostumbrada á esperarle hasta el amanecer; temblando al pensar que pueden llegar á descubrir los criminales medios de que se vale para proporcionarse la subsistencia.

ANT. Me ha gustao el sermon. Ledriquescle usted una vez tan siquiera, y le deja hecho hombre de bien pa toa su via.

CLA. Crea usted que si estuviera en mi mano...

ANT. Pues ya! No hay mejor cosa que el que toos sean de güena pasta, pa pegarsela con mas comodidad.

CLA. Señora Antonia!

ANT. Le parecera á usted que yo no conozco de qué pié cojea cada uno?

CLA. No comprendo...

ANT. Pues pregúnteselo usted á ese condenao de Andrés, y verá como lo comprende entonces.

CLA. Yo!

ANT. Usted, si; se entienden usted muy bien.

CLA. No se de donde pueda usted deducirlo, si alguna rara vez me ha dirigido la palabra, ha sido condoliéndose de la miserable condicion á que me reduce el empeño de usted en mortificarme.

ANT. Pus tonta, que mas se pué hacel con una presona, que mantenerla sin que haga maldita la cosa pa ganarse el pan?

CLA. Si se me permitiera seguir mi inclinacion, yo me ganaria el mío. El señor Juan podrá decir cuantas veces le he pedido con lágrimas en los ojos, que me permita tomar el oficio de costurera. El no ha cedido nunca, dice que me necesita en la taberna mientras él está ocupado fuera de ella...

ANT. Ya. Pero usted no quíe vendel vino. Se podía usted enseñar las manos, y es lástima. En un taller de modistas estaria usted como una reina. Tan si quíe allí pareciera usted señorita.

CLA. Pero por Dios, señora Antonia, qué he hecho yo, en qué he podido ofender á usted para que me declare una guerra tan cruel?

ANT. Yo, hija mía, no soy menistro ni embajador pa declarar guerra á nadie. Lo que digo es la verdad, y se lo diria á usted mas que fuera el sur sur cordia.

CLA. Pero esa obstinacion en llamarme la señorita...

ANT. Pus tonta, si lo hago por labarla á usted la cara... No quíe usted sel señorita?

CLA. Yo, no señora; yo estoy contenta con mi estado pobre y abatido. Y aun en medio de mis penas, me creería feliz, si no hubiera quien escarneciese mi desgracia.

ANT. Y soy la que le hace á usted pasar esos malos tragos, ¿no es verdad, usted? El demonio é la señora. ¿Si pensará que nos vá á mandal á zapatazos porque la camela un güen mozo?

CLA. Dios mío, Dios mío! Dadme valor para contrarrestar mi suerte. (llora.)

ANT. Miste como llora porque no se puede vengal. Probe de mí; si me golvía de azucar, me habia de pegar cá boca que valiera un duro.

ESCENA III.

Dichos, JUAN, ANDRES y despues CHORILLO.

JUAN. Qué é jeso, tenemos pelotera? Ya se acabó; ya estoy yo aquí.

CLA. Yo, señor Juan...

JUAN. Jorrio! Qué ise la señá Antonia?

ANT. Yo, que me voy de aquí pá no volver nunca; la señorita me acaba é poner como chupa é domine.

JUAN. E verita, eh? Pue jasiua me gusta á mí la gente tan echá palantre.

CLA. Yo no la he dicho sino...

JUAN. Soniche! Señá Antonia, toque usted esos guesos; la señorita la teudrá á usted respueto, poique si; ande esté Juan Bautiza, han de mirala á osté toos ma jalta que la Jiralda é Sevilla. Chipé, ¿y el Choré aonde está?

ANT. Durmiendo.

JUAN. Pus me gusta la serenía. André, anda, vé y endinala un pá é puntera pa que se dispierle.

AND. Alla voy. Se le voy á trael á usted é una oreja. (vase por el foro izquierda.)

ANT. Conque diga osté, señó Juan, ¿esto se vá á quedat así? Miste que yo no güelvo á parecer por aquí, si esa señorita no me pide perdon.

CLA. Pero señora, ¿de qué tengo yo que pedirle? Yo no he ofendido á usted en toda mi vida...

JUAN. Basta ya é parola. Oste vá á pei perdon ahora mezmó, ó vaozte á bailá una polca sin orquesta ni bastonero...

CLA. (Dios mío, Dios mío!)

JUAN. Qué estáz ahí chinyando?

CLA. Nada; señora Antonia, si en algo he podido ofender á usted, la pido de todo cotazon que me perdone, porque habré sido contra mi voluntad.

ESCENA IV.

Dichos; el CHORILLO, á quien trae ANDRES de una oreja.

CHO. Ay, ay, ay!

AND. Vamos andando, que hay prisa.

CHO. Que me rompe usted las orejas...

AND. Mejol, pa que te se quite el sueño. Aquí está el mozo.

JUAN. Güeno; ezla ozte ya contenta? (á Antonia.)

ANT. Si señor. André, la señorita se ha tenio que abajal, y me ha pedio perdon con too su resalao salero.

AND. (Probe chica!)

JUAN. Vamoz, muchachoz, que ez tarde. Al avio. André, quitame esa faja. Choriyo, ves arreglando la parroquia. (saca varios géneros de su ropa y sombrero.)

AND. Ya está loo hecho.

JUAN. Pus déjalo en cualquier sitio. (se dirige á la mesa donde está Pablo.) Calla! Quien es usted, pairino? Qué jasia usted ahí?

PAB. Yo, nada.

AND. Si es el probe del otro día.

JUAN. No le hemos dicho á ozte que lomase nagencia y no golviera?

PAB. Si.

JUAN. Pues entonces, á qué ha venio?

CHO. Tal vez á espiarnos y dar parte á la policia.

JUAN. Y ozte, señá Clara, por qué le ha dejao entrar? No sabe ozte que no quio aquí naide que no pague?

CLA. Su miseria me ha movido á compasion...

JUAN. Pus ahora va usted á mover á compasion á toito el mundo.

CLA. (amparándose de Pablo.) Dios mío!

AND. Señor Juan...

PAB. (alzando el palo.) Atrás!

ESCENA V.

Dichos, Sr. JORGE.

JOR. Buenas noches, señores!

JUAN. (colectándose de pronto.) Muy güenas, on Ramon. Quié usted Alganda ó Valdepeñas?

JOR. No vengo á beber. Pero si es preciso que todo el que entra haga gasto, pueden ustedes hacierle por mí. (tira una moneda, Juan la coge en el aire.)

JUAN. Grasia, pairino; vea ozte en qué se le pue servi.

JOR. Desearia que cualquiera de ustedes viniese conmigo hasta cierta calle; soy estrangero, acabo de llegar, y me encoentro perdido en este laberinto; ¿quién de ustedes quiere acompañarme?

TOLOS. Yo, yo.

JOR. Cualquiera, me es indiferente, las señas estas son. (mientras busca las señas en la cartera, deja caer un billete.)

JUAN. Choriyo...

CHO. Ya chanelo. (Chorillo se va arrastrando por detrás de Sir Jorge. Pablo pone un pie sobre el billete y suende un palo al chico.)

CHO. Ay! ay!

JOR. Qué es eso?

PAB. Nada, se le habia caido á usted este billete. (va á sentarse al foro.)

JOR. Esto es ser hombre, guárdele usted, y me acompañará si gusta.

PAB. Yo, si señor, pero tanto dinero...

JOR. No es nada para pagarle á usted; vamos pues, señores, buenas noches. (cansa.)

ESCENA VI.

Dichos, menos Sr. JORGE.

JUAN. Vaya usted con Dio, pairino; cuando usted quica veni po aquí, sabe usted que se le apreciá. (á los otros.) Sabeis lo que sus digo, que un hombre que dá á un probe un billete poique le acompañe...

CHO. Debe tener mucha tela, y no seria malo dar un golpecito.

JUAN. Cabales; mia, acompañale tu tambien á onde vaya, y aluego que salga, le sigues otra vez la pista y nos dise aonde para.

CHO. Güeno. (vase.)

ESCENA VII.

Dichos, menos CUORILLO.

JUAN. Y ahora vamo á remojá la palabra.
 ANT. Bebe usted mas que una torsia.
 JUAN. Pa qué ha jecho Dio el vino? Clara, un jarro y vasos. Vamo á ver quien es maz mozoquito é los tres. (*Clara sirve.*)
 JUAN. (*bebiendo.*) Por la de uzte.
 ANT. A la salud del cuerpo mas zaragatero.
 AND. (*bajo.*) Quién es ese?
 ANT. (*id.*) Será ese gato viejo, si le paece á usted.
 JUAN. Viva el salero; lo que yo digo es... mas vino.
 ANT. Señ Juan, que se va usted á emborrachá.
 JUAN. Yo?... Me bebo yo mi jacienda mientras se enciende un folforro, y en tavía me sobra tiempo; qué velo?
 AND. Que se va usted á emborrachá, señ Juan.
 JUAN. Yo... mia, yo me bebo este jarro de vino, y...
 AND. Señ Antonia, el hombre tiene mal vino, y...
 ANT. Y qué?
 AND. Que no es prudente estar á su lado cuando está chispo.
 ANT. Y se vá haciendo tarde; mas vale dejarle que la duerma. Vámonos.
 AND. Clara, cierra la puerta. (*Pobre chica.*) (*vanse.*)
 JUAN. (*soltando una carcojada estúpida.*) Ja, ja.

ESCENA VIII.

CLARA, JUAN.

CLA. Ya está segun costumbre... y me dá tanto miedo cuando se enfada... Señor Juan!
 JUAN. Qué quiez, Andresiyo...
 CLA. Soy Clara.
 JUAN. Eres Clara? De vera jere Clara?
 CLA. Si señor.
 JUAN. Y á mí qué me se importa?
 CLA. Vengo á decir á usted, que es tarde... que debía recojerse ya?
 JUAN. Y poi qué tengo yo de estar encojio; no es verdad seña Antonia?
 CLA. Se ha ido.
 JUAN. Po no verte, perra, que no jases ma que darme esasones.
 CLA. Yo...
 JUAN. Tu, hija é los cantos.
 CLA. Dios mio!
 JUAN. Nájate y no vuelva. Te voy á cortá el gánote.
 CLA. Oh! basta, tengo miedo, no está en sujuicio, y... tengo miedo; Dios mio, estoy sola en el mundo, pero tu me ampararás que me ves desde el cielo. (*huye, Juan cae en un banco riendo estupidamente.*)

FIN DEL PRIMER CUADRO.

CUADRO SEGUNDO.

SIR JORGE WARNER.

Sala decentemente amueblada; puertas laterales en primer término; la de la derecha es la de entrada y la de la izquierda conduce al interior; balcon en segundo término a la derecha y enfrente un piano abierto. En el fondo una sofá. A la izquierda, en primer termino, una mesa de tresillo en que juega don Justo con dos caballeros. Los demás estan sentados formando círculo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MAGDALENA, LUISA, LA COMISARIA, DOÑA CECILIA, ELENA, FRASQUITA, DOÑA ANGUSTIAS, SRA. 1.^a, SRA. 2.^a y SRA. 3.^a; CARLOS, DON JUAN, DON JUSTO, RAMIRITO, CABALLERO 1.^o, CABALLERO 2.^o y CABALLERO 3.^o Señoras y caballeros.

RAM. Doy á usted mil gracias, señora, por haberme favorecido.
 COM. La favorecida he sido yo, caballero.
 ELE. (*entrando con otra señora.*) Amiga mia, presento á usted á Carmencita, mi compañera de colegio.
 MAG. Usted me honra mucho; aqui puede usted venir con toda franqueza; como usted vé, nos reunimos cuatro amigos, sin la menor etiqueta, y nuestra diversion se funda en nuestra confianza.
 SRA. 2.^a Magdalena.
 MAG. Manda usted? Con permiso...
 SRA. 1.^a ¿Usted le tiene. (*á Elena.*) Di, qué clase de mujer es la señora de la casa?
 ELE. Una viuda de un brigadier, mujer muy despedjada, que gasta mas de su pension, por aparecer; su hija es aquella jovencita.
 SRA. 1.^a Aquella que está hablando con aquel buen mozo?
 ELE. Si, se van á casar; es ya cosa decidida; de la madre se habló mucho en cierta época, de unos amores que tuvo con un extranjero... en fin, no sé mas, sino que á su casa vienen muchachos regulares, y baila una y se divierte...
 SRA. 1.^a Pues...
 JUAN. De veras, Frasquita? Me promete usted no fallar mañana á la feria?
 FRAS. Si, alli irá con mamá, y dos amiguitas.
 JUAN. Pero esas señoras...
 FRAS. Son hermanas; la mayor se va á casar con un teniente de carabineros, así que tome el grado; y no se separa de ella, porque es tan celoso y tan... la otra tiene diez años y acompaña á mi mamá.
 JUAN. Es decir que seremos dos á dos; es usted tan amable como bonita.
 COM. Qué ojos le hecha aquella señora.
 RAM. No simpatizamos. (*A las dos las engaño; soy un pillete, que ya.*)
 CEC. Justo, Justo!
 JES. Qué quieres, mujer? Va he perdido una mano por tus malditas interrupciones.
 CEC. Has reparado á Ramirito que toda la noche ha estado al lado de la Comisaria? Jesus! qué mal gusto! La Comisaria que es tan...
 JES. Sola. (*jugando.*)
 SRA. 2.^a Con que, cosa hecha?
 MAG. Si, no es un gran partido, pero lo quiere mucho, y ella á él; los hijos son lo primero, y una madre no debe darles estado contra su voluntad.
 SRA. 2.^a Doy á usted mi parabien adelantado.
 MAG. Carlitos, Luisa.
 LUI. Mamá.
 CAR. Señora.
 MAG. Presento á usted á mi mejor amiga.
 CAR. Y mia, siéndolo de usted.
 SRA. 2.^a Es muy guapo.
 MAG. Vamos, no me le eche usted á perder.
 CAR. 1.^o Oye, Carlos.
 CAR. Qué quieres?
 CAR. 1.^o Mañana me prestarás tus botas de cha-

rol; la mamá de Mercedes me ha ofrecido su casa...

CAR. Bueno. (á *Luisa*.) Me amarás siempre, ángel de mi vida?

LUI. Si; ya ves que no bailo mas que contigo.

RAM. (tomando la mano á la Comisaria.) Qué bonita es esta sortija!

COM. Estese usted quieto. (Qué atreviduelo tan gracioso!)

RAM. (Soy un pillete, que ya.)

CEC. Pero no ves á Ramirito?

JOS. Bastos... Déjame, mujer.

FRAS. Ay mamá, que se declara.

ANG. Dale largas. (á don Justo.) Diga usted, caballero.

JOS. Otra! Por vida de...

FRAS. Qué lisongero! (Qué le digo?)

ANG. Quién es este caballero?

JOS. Un... As... empleado en rentas.

ANG. Dile que sí.

CAB. 1.º Oiga usted, don Justo!

JOS. Don demonio.

CAB. 1.º Me presta usted diez y nueve reales para un lance de honor?

JOS. Hombre, no me conoce usted en la cara que estoy perdiendo?

FRAS. Que no faltes á la feria.

ANG. Bueno; párate al lado del café suizo.

MAG. Pero señores, qué silencio es este? Ea, animarse, á bailar.

UNOS. Si, si, á bailar.

CEC. (á don Justo.) Sácame á bailar.

JOS. Pero...

CEC. Vivo, vivo.

JOS. Bueno. (á los otros.) Ea, no juego mas, no estoy de suerte. (doña Cecilia pellizca á Ramirito.)

RAM. Ay!

CEC. Monstruo!

COM. Qué es eso?

RAM. Nada, los nervios. (Pero qué pillo soy!)

SRA. 1.ª Jugamos, ó qué hacemos?

UNOS. Jugar.

OTROS. Bailar.

RAM. Yo, yo pondré un juego... el floron.

UNOS. Si, si. (se ponen á jugar al fondo.)

RAM. El floron está en la mano, en la mano está el floron.

TOTOS. El floron está en la mano, en la mano está el floron.

RITA. (por el fondo.) Señora, esta targeta.

MAG. Sir Jorge Warnér, un inglés! Dios mío! Que pase adelante.

ESCENA II.

Dichos, SIR JORGE.

JOS. A los pies de usted, señora.

MAG. Beso á usted la mano.

JOS. Empiezo por excusarme de haber escogido para tener el honor de presentarme á usted, una hora tan intempestiva...

MAG. Nada de eso... tome usted asiento. (A qué vendrá?)

JOS. (sentándose.) Es usted muy amable! Decía, señora, que me ha impulsado á cometer esta falta, el deseo de cumplir una comision que Sir Arturo Tompson me hizo pocos dias antes de morir.

MAG. Ha muerto!

JOS. Si señora. Pero en sus últimos momentos, no se ha olvidado de las personas que le fueron caras.

MAG. Y está usted con el sombrero en la mano?

JOS. Señora...

MAG. Con que ha muerto! No se puede usted figurar cuanto lo siento. Y de qué enfermedad?

JOS. De la que diezma mi país... el spleen.

MAG. Y dice usted que al morir...

JOS. Me ha encargado de una comision, que voy á cumplir si usted tiene la bondad de permitírmelo...

MAG. Usted es muy dueño.

JOS. Empezaré, pues, ya que usted me concede su venia. Pero como mi encargo es bastante delicado, me habrá usted de permitir, que al darle cuenta de él, me abstenga de citar nombres propios.

MAG. Como usted guste.

JOS. Es el caso que Sir Tompson, á quien debo mi posicion en la sociedad, estubo en Madrid por los años de mil ochocientos...

MAG. Veintisiete.

JOS. Justamente. De vuelta á Lóndres, su carácter, su genio, sus ideas, todo lo observamos en él completamente cambiado; él, tan amante de su país, apenas acertaba á hablar de otra cosa que de España, y esta es la razon de que yo posea medianamente este idioma; y su spleen habitual habia desaparecido completamente; cuando un dia, en 1828, pocos meses despues de su regreso, recibe una carta de Madrid...

MAG. Y por quién estaba firmada? (con interés.)

JOS. (confidencial.) Lo ignoro absolutamente. Los ingleses no tenemos fama de expansivos ni de curiosos; y ni yo soy el mas curioso, ni era mi tio el mas comunicativo de los ingleses. Solo podré decir á usted, que desde aquel dia su carácter volvió á su primitivo estado, y que ni una sola vez se le ha oido desde entonces hablar del país que un dia le dejó tan deliciosos recuerdos.

MAG. No fué culpa mia, caballero; crea usted...

JOS. Señora, yo no culpo á nadie. Hemos convenido en no citar nombres propios. (pausa.) 21 años transcurrieron próximamente desde el acontecimiento que acaló de referir. Sir Tompson estaba gravemente enfermo, y desabucado de los médicos. Un dia, en que habia yo ido á visitarle, hizo salir á todos de su habitacion, y quedando solo conmigo, me dijo en voz estremadamente débil: Jorge, yo te he educado como si fueras mi hijo; yo he velado sobre ti como un padre, y en mi lecho de muerte quiero darte la última prueba de mi cariño, numbrándote mi heredero universal.»

MAG. Su heredero usted!

JOS. Tenga usted la bondad de oír lo poco que resta ya de mi relato; al tiempo de darme esta última prueba de afecto, me confió una carta, que encerraba una historia, que repetiré á usted en pocas palabras: la variacion de carácter que observamos en él á su regreso de España, tenia por causa el haber dejado en Madrid una mujer á quien amaba con todo su corazón.

MAG. Le confió á usted su nombre?

JOS. Si, señora; pero el nombre es lo que importa menos; pues los hemos suprimido en nues-

tra historia. Engañado por la que amaba, precisamente cuando acababa de colmarle de beneficios...

MAG. Aseguro á usted, caballero, que...

JOR. Repito, señora, que deseo llegar lo mas pronto posible al desenlace, y suplico á usted no se tome la molestia de interrumpirme, para que pueda concluir antes mi enojosa tarea.

MAG. Como usted guste. (La misma sangre fria de Tompson.)

JOR. Engañado, como iba diciendo, por esa señora, pronto se convirtió en indiferencia su cariño, que puso todo en la inocente criatura, fruto de aquel amor criminal.

MAG. Ah! también sabe usted?...

JOR. Todo, señora.

MAG. (Qué humillación!)

JOR. Esta niña, fué desde aquella época el único ser que amó de veras Sir Tompson; que vele por su felicidad, es lo que en su lecho de muerte, me previno.

MAG. Y de qué medio piensa usted valerse?...

JOR. De uno, cuyo logro consiste en usted únicamente, casándose con ella.

MAG. Qué dice usted?

JOR. Digo que ya que desde Londres no podía adivinar sus menores caprichos y satisfacerlos, como deseo hacer en honor á la memoria de Sir Tompson, casándose con ella, y viviendo continuamente á su lado, estoy seguro que la haria feliz.

MAG. Sabe usted lo que dice? Sin conocerla...

JOR. Y para qué? Los preparativos de boda es á la mamá á quien toca arreglarlos; yo poseo cinco mil libras esterlinas de renta; y ella tiene el apellido de Tompson, y la caja en que está el retrato de su padre; para mí es suficiente esa dote.

MAG. La caja?... (Lo sabe todo, y como decirle...)

JOR. Y si la voluntad de un moribundo, y el número de mis rentas parecen á usted suficientes, desearia poder ofrecerla mis respetos desde este instante.

MAG. (Ah! qué idea!) Debo advertir á usted, que todo ha cambiado desde 1828; el qué dirán, el honor mismo de esa pobre niña, me han obligado á cambiar su nombre en el de Luisa, y su apellido en el de mi esposo, por cuya hija ha pasado hasta ahora.

JOR. Reconozco en eso su fino conocimiento del mundo; á mí me es indiferente que Miss Tompson sea conocida por este o por el otro nombre; yo la llamaré siempre por el suyo, y bahré con lágrimas de agradecimiento el retrato de su padre, encerrado en una caja, que solo puede abrirse con su sortija.

MAG. Es el caso, que esa sortija...

JOR. Qué?

MAG. (Qué iba yo á decir!) Que este momento no me parece oportuno para...

JOR. Cuando usted guste, señora.

MAG. (Levantándose.) Dispensadme, señores. Un asunto de interés... Ya he concluido, y presento á todos mis amigos á Sir Jorge Warner.

FRAS. (Qué sosos y qué tontos son esos isleños! No es verdad, mamá?)

ANG. (Si, hija mía.)

MAG. Es un rico banquero de Londres.

ANG. (Repárale bien, qué aire tan distinguido.)

MAG. Esto está muy frío, si yo no lo animo... Luisita, haz compañía á este caballero.

JOR. Señorita, solo por tener el honor de ponerme á sus pies, he trocado la hermosa niebla de mi país, por este sol que abrasa la frente y espero... (Se parece á su madre; lo siento.)

MAG. Pero... no hay quien toque?

CON. Si estubiera D. Rufo, el agente de negocios.

CAR. Oh! le tengo yo muy ocupado con uno mío.

MAG. Ha hecho usted mal, porque nos ha dejado sin orquesta.

CAR. Mama, está usted incomodada?

MAG. Con usted yo?

CAR. Qué tono! Qué significa?...

UNOS. Se baila?

OTROS. Si; á bailar.

CON. Pero, si no hay orquesta?

ESCENA III.

DON RUFO, por el foro.

RUFO. Buenas noches, señoras y señores.

RAM. Ya está aquí don Rufo; siéntese usted al piano.

RUFO. Poco á poco, señores; vengo sudando. Uff! señor don Carlos, como me trae usted; pero yo no me porto menos; aquí están todos los papeles: (le dá unos) hasta ahora mismo no los han despachado.

CAR. Ah! ya soy feliz, ya soy feliz! Luisa, ven y pon el sello á mi dicha.

JOR. Caballero, está hablando conmigo.

CAR. Dispenseme usted; pero es tanta mi alegría al ver tan cerca el momento de poder llamarla mi esposa...

JOR. Su esposa?

MAG. Caballero, hemos mudado de parecer; esta señorita nada tiene que ver con usted.

CAR. Cómo pues? Y las promesas y los juramentos? Luisa! Luisa! responde tú.

LUI. Yo obedezco á mi mamá.

CAR. (Cubriéndose la cara.) Ay! me han engañado como á un niño. Y voy á volverme loco, Luisa, ahora lo adivino todo. Caballero! (Jorje hace una señal afirmativa.) Bien, bien.

ARGENOS. (Interponiéndose.) Vamos, vamos, señores.

MAG. En mi casa?

CAR. No volveré á ella jamás. Adios, señora, (vase.)

MAG. Es un mala cabeza; á tiempo lo he sabido para no hacer infeliz á Luisita; hija de mis entrañas! (la abraza.) Pero olvidemos esto, y sigamos en nuestra diversion; ya explicaré á ustedes...

TOTOS. En baile, en baile.

JOR. Pobre jóven, sentiré matarle; tiene corazón. (D. Rufo se sienta al piano, Sir Jorje queda pensativo á la derecha en el proscenio. Los demás se disponen á bailar ó jugar al tresillo.)

CUADRO TERCERO.

LA VISPERA DE LAS FERIAS.

La calle de Alcalá tomada desde la de Sevilla. Faroles á ambos lados de la fila de cajones, colocados frente al telon, y que se pierden entre bastidores; por cima de la cual desuellan las copas de los ar-

hotes. Es de noche. Unos cajones tienen la puerta abierta, otros están completamente cerrados, algunos trabajadores se ocupan en dar la última mano a otros. Los faroles aparecen encendidos, pero se van apagando de modo que al fin del acto apenas luce algo. El último cajón de la izquierda, en el cual se venden telas en el cuadro siguiente, figura ser el del señor Juan. En el primer bastidor de la izquierda está la puerta del café Suizo con el rótulo: *Franconi y compañía.*

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, paseándose frente al puesto.

AND. (mirando los trabajos.) Trabajad, probes gentes. No vienen a la feria mas que a vender... y se quean tan contentos cuando venden algo... Es verdad que tampoco se pasan la noche en vela como yo, aguantando a ese tuno de Choriyo, y al güeno el señ Juan, que sino juá por la arastrá é la señ Antonia, que no sé a cual de los dos se le pega... Casi, casi ya tanto me se importa. Cuando veo como tratan a la probe Clara, no me pueo contener, y creo que un día voi á hacer un disparate.

ESCENA II.

ANDRÉS, SEÑOR JUAN, CHORIYO.

JUAN. Güena noche.

AND. Muy güenas, señor Juan.

JUAN. Aquí vengo con este mozo que vale mucho parnese. Hem, jecho un medio negocio... (enseña la cartera.)

AND. Qué es eso, Choriyo?

CHO. Na! la cartera del señor de estrangis.

AND. La has arañao?

CHO. Pues es claro. Ese señor vive en la casa é las diligencias, y de que vi que no podía dar el golpe de otro modo...

JUAN. Eres un guapo chico. Con el tiempo has de sé el mejó choro é España. Vamo á vé que hay aquí... Biyete del banco é London... Quién demonio entiende eso?... Estos son de Paris... del banco de San Fernando... Pue jeché osté dinero! Chorré, has dao un gran golpe...

AND. Hay mucho dinero ahí?

JUAN. Vaya!... Toma pa que te ferie... El señ Juan no es agarrao... (leyendo.) Caya!... esta yo sé quíe é... una carta pa la señorita Maalena San... Atocha 95... 3.º, yeva una sortija... chavó! sabes tu lo que ha jecho?

CHO. Señ Juan...

JUAN. Hombre, no te azuste... esta carta me vá á valé mucho dinero...

AND. Qué es eso, señor Juan?

JUAN. Qué? Toma el tintero del cajon, y escribe tú, que sabes mas é letra que yo: Señora doña Maalena San; malegraré que al recibo de estas corlas letras, se haye osté con la misma cabal salú que yo pa mi deseo. La mía es güena á Dio grasia pa lo que guste mandá, que lo haré con mucho gusto y fina voluntá. Esta solo se dirige pa ícila que sé muncha cosa é don Arturo Ton... ton... miá copia el apeyio... que á osté la interesan, y si osté quíe sabelá, pásese osté mañana por la feria, cajon número 23. Reciba osté mucho recaio de toa mi familia, y osté reciba el corazón de su amigo...

AND. De su amigo.

JUAN. Na má... Aya vá la firma, ahora adios, y tu

Choriyo, mañana trepano lo yeva á onde dicen estas señ. (las pone en el sobre.)

AND. Pero no podemos saber qué significa?

JUAN. Un negocio que bien manejaio vale mucho dinero. Ya te lo diré mañana; ahora se jase tarde, y será mejó najarse á su olivo cá mochuelo.

AND. Pues adios, señor Juan.

JUAN. Adios, Andrés. Chorré, vámonos al cajon.

ESCENA IV.

SIR JORJE.

Este es el café Suizo, y la hora á que me ha citado ese joven, nó tardará en sonar. Batirme! y por qué? Por una meger á quien apenas conozco, á quien no amo... No importa! es la hija de mi bienhechor... Y yo que he perdido mi cartera, en que estaban depositados mis secretos! Si estuviera aquí Pablo, le diria... Pero no se dónde podré verle, y no he tenido otro recurso que escribirle una carta, que tampoco sé cómo hacer llegar á sus manos. Toda mi esperanza la tengo en él, única persona que conozco en esta tierra estraña. El pobre mendigo dormirá tranquilo... y yo tal vez, cuando él despierte... sea lo que Dios quiera.

ESCENA V.

SIR JORJE, CARLOS, que sale del café Suizo.

CAR. Buenas noches, caballero.

JOR. Ah! es usted? .. veo que es usted puntual; todo me confirma en el ventajoso juicio que de usted tenia formado.

CAR. Gracias (con sequedad.) Como usted puede conocer, no he venido á hacer ni oír cumplimientos, sino á convenir en las condiciones de un duelo, que será á muerte.

JOR. Como usted guste. Yo, sin embargo, no me creo en conciencia obligado á batirme sin saber porque me bato.

CAR. Y no lo sabe usted demasiado? Ignora usted que yo amaba con todo mi corazón á esa mujer, que me arrebató de entre mis brazos? Qué sacudida mi existencia por la adversidad, como el océano por las tormentas, solo en ella he encontrado reposo, como las olas en la orilla? Y aun me pregunta usted por qué se bate?... Porque no poseo desgraciadamente la inocencia de la víctima, que lame humildemente la mano del sacrificador.

JOR. Siento mucho, caballero, que con tan poca calma proceda usted en un asunto tan grave. No podríamos esplicarnos buenamente?...

CAR. Y qué quiere usted que le explique? Entre nosotros no hay miedo; en el café estan esperando mis padrinos; ellos son los que decidirán nuestra pendencia.

JOR. Como usted guste. Yo no tengo testigos, soy extranjero y no conozco á nadie; fio completamente en usted y en sus amigos; quede sin embargo sentado, que me bato precisado á ello, sin odio y sin resentimiento, y que solo respondo á una provocacion. (vase.)

ESCENA VI.

CLARA.

Estoy fatigada!... he corrido todas las calles de Madrid sin direccion ni... Qué noche tan oscura! pobre de mí! Porqué me habré ido de casa del señor Juan? Pero es tan malo!... Si me atreviera le pediría perdón, llorando tanto, tanto... pero me pegaría y... qué haré?

ESCENA VII.

CLARA á la derecha, SRA. ANTONIA por la izquierda.
CHORILLO.

ANT. Andrés!

CHO. Ya se ha ido.

ANT. Y el señor Juan, está ahí?

CHO. Si, buenas noches.

ANT. Muy buenas.

CLA. Pero esponerme de nuevo... si... valor... Ah! (debajo de un furoi junto á la señora Antonia.)

ANT. Señorita! Usted, por aquí? Cómo, usted que es tan mugel de bien, anda á estas horas por las calles?

CLA. Ah... por Dios, no se lo diga usted al señor Juan... me pegaría... me he escapado de su casa...

ANT. Mire usted la mosquita muerta... Y cuando se piensa usted golvel?

CLA. Ah! nunca!

ANT. Pronto está dicho; pero hace usted la cuenta sin la gúspeda. Quién le parece á usted que iba á cuidal del mostraoz entanímientras?

CLA. No lo sé... déjeme usted... tengo miedo...

ANT. Pus mas que juá yo alguna pantasma. Y de qué tiuste miedo, señorita?

CLA. No... no es de usted... del señor Juan.

ANT. El señor Juan la quié á usted muchito.

CLA. Señora Antonia! (suplicando.)

ANT. No digo ná de Andrés; ya se vé, como se quieren usted tanto!... No hay que hacer aspamientos, que yo sé mu' reñien lo que me digo. Y aunque él no vale mucho, al fin usted que no sabe quien fué su madre...

CLA. Basta, señora Antonia, basta! El sufrimiento se acaba. Yo no la conozco! yo no tengo que ver con usted... Dejeme usted seguir errante mi camino; y abandone la tarea nada honrosa de zaherirme en mi infortunio.

ANT. Güena ha sido la arenga; pero á mí no me se viene con esas... Ahora la llevaré al señor Juan, y veremos si se la dice con tanta gracia.

CLA. No... no... déjeme usted...

ANT. Aquí tiene su puerta; vamos...

CLA. No; no me moveré, aunque me haga usted pedazos.

ESCENA VIII.

Dichos, SIR JORJE, UN CABALLERO.

JOR. Venga usted, verá mis armas, y si le placen...

CLA. Ah! caballero.

ANT. Miste el silvante, quién le mete á usted en camisa de once varas?

JOR. (La joven de la taberna!)

CLA. Dos mugeres que riñen; déjelas usted.

JOR. No quiero; me dá lástima esta infeliz.

ANT. Pus yo le digo á usted que se vendrá conmigo.

JOR. Pues yo repilo á usted, señora, que se ir donde guste; harto he presenciado esta noche el infame modo que ustedes tienen de tratarla, para que pueda permitir en conciencia que de esa manera continuen...

ANT. Si estuviera aquí Andrés... no le conoce usted?

JOR. Ni quiero; pero si estuviera aquí él, no le hubiera tolerado un insulto, como he hecho con usted.

ANT. Yo iré á buscarle á la taberna. Si yo pudiera vengarme... Si usted no me las paga... (vase.)

JOR. Todos los débiles son tiranos y orgullosos.

ESCENA IX.

CLARA, SIR JORJE.

CLA. Cómo podría agradecer á usted?...

JOR. No hay porque; he cumplido con mi deber auxiliando al débil... la he visto á usted sola en medio de la noche... no en vano era usted muger.

CLA. Si á lo menos hubiera estado aquí el señor Pablo...

JOR. Pablo? El mendigo que esta mañana estaba en la taberna?

CLA. El mismo.

JOR. Usted sabe dónde podrá encontrarle?

CLA. En este momento no; pero todas las mañanas va á pedir á la puerta del Carmen, y si á usted le interesa, podría...

JOR. Si... si... (Mañana acaso yo...) Búsqueme usted y entréguele esta carta de mi parte. Añádale usted, que la he tomado bajo mi protección.

CLA. Ah! gracias, señor. (Qué bueno es!)

JOR. Adios, niña. Mañana, si me es posible, tendrá usted noticias mías por el señor Pablo.

ESCENA X.

CLARA.

Gracias, Dios mío! Ya respiro mas libremente. Buscaré á Pablo... pero sola, y la noche se adelanta á paso de gigante... á dónde iré?...

ESCENA XI.

CLARA, SEÑOR PABLO.

PAB. (saliendo del café Suizo) Pues señor, estoy convencido de que el café no vale nada; se cena mucho mejor en la taberna. Aquí los asientos son mas blandos, es verdad; pero como aun cuando uno tenga mucha hambre, no se ha de tragar el asiento...

CLA. Qué veo! Señor Pablo!

PAB. Clara, hija mía, tu aquí?

CLA. Si, yo soy.

PAB. Cómo! te pasa algo? Dimelo; ya sabes que soy tu amigo, tu padre...

CLA. Si sí, padre mío.

PAB. Bien; queda sentado. Pero cuéntame...

CLA. Esta noche el señor Juan se puso...

PAB. Como suele. Prosigue.

CLA. Me amenazó, me insultó... á mí que no he ofendido á él ni á nadie...

PAB. (Pobre ángel!)

CLA. Por último, se apuró mi sufrimiento, y me fui...

PAB. Y á dónde?

CLA. Qué se yo! Andaba calles y calles sin saber el terreno que pisaba.... un sereno queria llevarme presa. Yo lloré tanto, que me dejó ir. Mas adelante, no recuerdo en qué sitio, encontré un caballero, le tendí la mano para pedirle una limosna, y me dijo... ah! (*escondiendo la cara entre las manos.*)

PAB. (Pobre niña!)

CLA. La fiebre y la vergüenza me devoraban, y si hubiera tenido valor...

PAB. Clara!

CLA. ¡Fortunadamente pensé en Dios, que es tan bueno... La noche iba siendo cada vez mas oscura...! Yo estaba sola, vine aquí pensando pedir perdón al señor Juan, por que tenia miedo, frío y hambre, pero es tan malo...

PAB. Ya, con la desazon no habrás tenido apetito, pero despues... lo que somos muger por mucho que padezcamos del alma, á lo mejor nos recuerda el estómago que tiene que ejercer sus funciones. Ea, vente, cenarás en el café... digo, en cualquiera otra parte; allí se cena muy mal.

CLA. Pues que, usted?...

PAB. Si, hija mia, he cenado en el café de la lberia como las gentes de tono; pero jamás me hubiera yo creído que las gentes de tono no cenasen; yo estaba desfallecido, vi la puerta entreabierta, me colé, y tomé asiento. Al verme, todo el mundo se echó á reir como un tonto... como lo que es: tiempo llegará en que aprendas, que el mundo es tonto; vino el mozo y yo le pedí una cosa que me alimentase y me abrigara el estómago; el bribon, me trajo café con pan y manteca, lo tomé y saqué mi billete para pagar, no tenia otra moneda... Todo el mundo se quedó asombrado, pero sobre todos, yo, al encontrarme con mas hambre que antes de cenar.

CLA. Hizo usted mal en entrar allí; al verle sacar tanto dinero, pudieran haberle tomado por un...

PAB. Tengo yo cara de eso?

CLA. No señor.

PAB. Pues entonces, á no ser que estuvieran ciegos... Hablemos de otra cosa; tu no puedes vivir con Juan Bautiza; yo te quiero mucho, gracias al inglés tengo algun dinerillo...

CLA. El inglés? El que esta noche estaba en la taberna? (*movimiento afirmativo de Pablo.*) Acaba de librarme de la señora Antonia, que me queria entregar al señor Juan... y me ha dado para usted esta carta.

PAB. Una carta!... tú me la leerás despues, porque espero que no querrás separarte de mí. Yo soy ya viejo; necesito quien me cuide en mi última enfermedad, y me cierre los ojos cuando...

CLA. Señor Pablo!

PAB. En fin, quieres ser mi hija?

CLA. (*arrojándose á sus brazos.*) Ah!

PAB. (Qué hermosa es!)

CLA. Yo quisiera poder explicarle á usted... ah! tome usted. (*dándole un anillo.*)

PAB. Qué es eso?

CLA. El único recuerdo de mis padres, á quien nunca he conocido: y hoy se lo doy á quien no me abandonará jamás.

PAB. Jamás, hija mia; mañana hablaré á ese caba-

llero que es tan bueno, que me apreté la mano á mí, al pobre mendigo; y tal vez... vamos... dame el brazo; alza la frente, así, nuestros dos corazones valen mucho.

ESCENA XII.

SIR JORJE, CARLOS, dos caballeros.

JOR. Ante todo, repito, que me bato sin resentimiento de ninguna especie, y que solo respondo á una provocacion. Ahora, vamos. (Sentiré matarlo; tiene corazon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO CUARTO.

LAS FERIAS DE MADRID.

La decoracion del cuadro anterior. La escena se supone por la tarde á la hora de paseo. Los cajones están abiertos, y delante de ellos hay establecidos puestos de avellanas, melocotones, etc. Á la puerta del café Suizo, la tia Canaria vende pañuelos. Varias personas pasean durante todo el acto.

ESCENA PRIMERA.

VENDEDORES, etc.; gente paseando, el titiritero, ANDRES, ANTONIA, JUAN, etc.

VEN. Avellanas nuevas, avellanas.

CAN. A peseta los de á medio duro, á peseta...

VEN. Acerolas, acerolas.

ANA. 1.^a A los ricos de Aragon, de Aragon!

TITI. Ahí verán ustedes, caballeros, un pobre gallego, que para morir sentó memorial, le salió fiao, y vivió otros cuarenta mil años; mas para morir le sentaron en una silla, le tocaron la música, y se murió riendo como un tonto.

ASN. Señá Antonia, está usted triste porque no ha venido todavia, el señor Juan Bautiza? Ensanche usted ese pechito, porque ya no pué tardar mucho.

ANT. Señor Andrés, como dé usted en la moa de ser celoso, se acabó. Le parece á usted, me gusta el chiste, que me iba yo á prender de un viejo arratonao?

AND. Es que...

ANT. Es... Cuerno!

ESCENA II.

Dichos, la Comisaria, DOÑA ANGUSTIAS, FRASQUITA DON JUAN.

COM. (*saliendo al encuentro de doña Angustias y Frasquita.*) A Dios, Frasquita, á Dios doña Angustias.

D. JUAN. A los pies de ustedes, qué tal desde anoche?

COM. No muy bien; debia haberme quedado en casa, pero no puedo con la soledad, así, supliqué á Ramirito que me acompañase á dar un par de vueltas.

RAM. (*ap. á Frasquita.*) Sea enborabuena por la conquista.

FRAS. Qué conquista, Ramirito?

RAM. Toma, ese caballero que acompaña á usted; no hay que negarlo, ya lo adivino todo; todo, porque soy un pillete, que ya.

ANG. Ay! allí veo á doña Cecilia y don Justo.
 RAM. (Huy, doña Cecilia!) Vámonos.
 COM. Si, vámonos; adios, señores.
 RAM. (Como las burlo á todas! Lo que es tener la-
 lento y conocimiento de mundo!) (vanse.)
 ANG. Aguador! (¿a uno que pasa.)
 JUAN. Qué vá usted á hacer?
 ANG. Hijo, á refrescarme la boca, que estoy seca.
 JUAN. De ningún modo; ahora entraremos en el
 café.
 ANG. No, no, por nosotras... (entran en el café.)

ESCENA III.

Los de la escena primera.

VEN. Avellanas nuevas, avellanas.
 ARA. 1.º y 2.º A los ricos de Aragón, de Aragón.
 TITI. Abi verán ustedes, caballeros; el baile de
 Mariquita la pelona, la Bigoluda, que para
 mudarse la camisa se la ponía del revés.
 El día que te cases
 serás la novia,
 tomarás chocolate
 con un embudo.

ESCENA IV.

Dichos, un AGENTE.

AGEN. Quitele usted del medio, que está estor-
 bando.
 TITI. Yo, ¿a quién!
 AGEN. A todo el mundo.
 UNO. Tiene razón.
 OTROS. Pues sí, pues no. (se retiran á un lado.)

ESCENA V.

Dichos, menos el AGENTE, SEÑOR JUAN.

AND. Ya está aquí el señor Juan.
 JUAN. Buenas tardes. Felices Señá Antonia, si
 ozte quie dar una vuelta, por farta é chichi. (te-
 niendo.) «Jorge, yo te he querido como un pa-
 re,» bien, ná de eso me importa; «una muger
 á quien amaba con toda mi alma... Maalena
 San y mi hija Clara... Una sortija de similar
 que sirve de llave á la caja de acero que en-
 cierra mi retrato, y el de su madre.» La fecha,
 el nombre, la sortija, too conviene, pue! é Cla-
 rita, que aunque tomé nagensia de mi casa, y
 salió pitando; la carpanta la haré golvé hoy ó
 mañana, y si yo la cojo boníticamente, y la llevo
 á su mare que la creará perdidita, será un paso
 de comedia capá de enternesé al marco de una
 ventana, y á mi me la pagarán á peso é oro;
 esto é, ofrezco á la mare la chavala, y la cha-
 vala tendrá que veni á mi de juro; güeno, güe-
 no, esto es jecho.

ESCENA VI.

JUAN, solo, los demas en sus puestos.

JUAN. Ahora, seño Juan, vamo á cuenta, que pue
 osté dá un gran gorpe, y será una lastimita
 que le dé osté en vago, por farta é chichi. (te-
 niendo.) «Jorge, yo te he querido como un pa-
 re,» bien, ná de eso me importa; «una muger
 á quien amaba con toda mi alma... Maalena
 San y mi hija Clara... Una sortija de similar
 que sirve de llave á la caja de acero que en-
 cierra mi retrato, y el de su madre.» La fecha,
 el nombre, la sortija, too conviene, pue! é Cla-
 rita, que aunque tomé nagensia de mi casa, y
 salió pitando; la carpanta la haré golvé hoy ó
 mañana, y si yo la cojo boníticamente, y la llevo
 á su mare que la creará perdidita, será un paso
 de comedia capá de enternesé al marco de una
 ventana, y á mi me la pagarán á peso é oro;
 esto é, ofrezco á la mare la chavala, y la cha-
 vala tendrá que veni á mi de juro; güeno, güe-
 no, esto es jecho.

ESCENA VII.

Dichos, CHOBILLO.

CHO. Señor Juan.
 JUAN. Qué bay, chorré?
 CHO. Na, esto. (enseñando un pañuelo.)
 JUAN. Ola! y flamante! Lo has afanao? Pa ti, eria-
 tura, pulelo, po si tan filao. Será lástima que
 te ajorquen trempano porque ties desposicion.
 CHO. Tía Canaria!
 CAN. Qué se ofrece?
 CHO. Abi va ese pez. Salú. (tirándola el pañuelo
 con disimulo.)
 CAN. A peseta los de á medio duro, á peseta.

ESCENA VIII.

Dichos, JUAN, MAGDALENA.

MAG. (que aparece despidiéndose.) Adios, Carmen-
 cita, á Dios. (Hoy me he de encontrar á todo el
 mundo. Número 23, aquí es.) El señor Juan
 Bautiza?
 JUAN. Yo soy, qué se ofrece?
 MAG. Yo soy doña Magdalena Sanz.
 JUAN. Ah! ya... habrá osté leío el papelito que la
 envié?..
 MAG. Si señor; y vengo á reclamar esas noticias
 que usted me ofrece.
 JUAN. Vamos, poco á poco. Qué es lo que osté
 quie sabé?
 MAG. Quiero saber... esos pormenores relativos
 á Sir Tompson, de que usted me hablaba en su
 carta.
 JUAN. Pues seño, ha é saber usté, que el güen se-
 ñó está ya comiendo tierra cerca de un año.
 MAG. Si, desgraciadamente.
 JUAN. (No pa mí.)
 MAG. Qué?
 JUAN. Na, señora, que estaba jaciendo memoria.
 MAG. Adelante.
 JUAN. Osté me va á ejá que jable claro, y sin pelo
 en la lengua?
 MAG. Y á qué viene...?
 JUAN. Diga osté si ó no, y no se meta osté en má.
 MAG. Pues bien... si.
 JUAN. Ya está dicho. Ayá voy. El gueno el inglés,
 que se pensaba cuando murió que osté tenía á
 su hija en su compañía, dejó un encargo á un tal
 Sir Jorge..
 MAG. De que la hiciera feliz...
 JUAN. Cabaless. Pero ez er cuento, que el seño Jor-
 ge no pue cumpli su encargo, poique osté no
 tié la chavala.
 MAG. Es verdad.
 JUAN. Pero como yo soy un hombre mu de bien,
 y no quico que naide sufra cuando yo lo pueo
 remedjá, la he jecho á osté veni aquí, pa icila
 ande está la chorré.
 MAG. Ah! usted, ¿sabe dónde para?... En dónde?
 JUAN. Poco á poco, señora; no sea osté viva é ge-
 nio. Hará como uno 20 año, que vivía yo con
 mi mare en la caye é Toleo. Teníamos un
 chirivital frente á la fuentesiya, y ayi vivíamos
 solitos, probes, pero bonrao... eso si... yo siem-
 pre lo mesmo. Un día vino mi mare con una
 niña en brazo... que era Clara..
 MAG. Si... yo la mandé llevar por mi doncella á
 una muger de bien que la criase...
 JUAN. Digo si mi mare era mugé é bien!

MAG. Disponiendo que no la faltase nada, y dando una crecida cantidad para criarla.

JUAN. Y si osté viera como la criábase yo y mi mare! No ha pasao una via ma regalá el mesmo príncipe Maestro—é—néc. A luego se jué arre-matando el dinero, mi mare se murió; y yo que me qué solo, me dediqué al comercio. La jice mi agregó, y hemo pasao una via... que ni los angelito...

MAG. Ah!... con que vive... con V... qué fortuna! JUAN. Si, señora... (No importa esa mentira... yo la tengo é piyá!) Y mos queremos como os tórtolo... Pero yo soy mu bonrao, y se la quieo golvé á su mare.

MAG. Qué dice V.!

JUAN. Toma... que si osté me da alguna cosa de agradecimiento... yo se la yevaré á usté á su casa...

MAG. Para qué?

JUAN. Como pa qué? Pa que la jaga feli ese señó de estrangi.

MAG. No, Juan, no; ella no podría serlo sino casándose con un hombre de su clase. Salir repentinamente del estado en que las circunstancias la han puesto, la sería perjudicial.

JUAN. Y no que osté vé á su hija?

MAG. (después de vacilar.) No... sacrificó mi felicidad á la suya... Será muy hermosa?

JUAN. Huuuy... Si parese un sielo... yeno é estreya.

MAG. (Pobre Luisa! parecería fea á su lado!)

JUAN. (Pue jemo jecho un güen negocio!)

MAG. Pero no por eso quiero dejar de velar sobre ella.

JUAN. (Ya ezcampa!)

MAG. Tiene una sortija de similar, que pudiera perdersela llevándola consigo...

JUAN. (Ya voy chancelando.) Y qué le hemo é jacé?

MAG. Desearía custodiar yo misma esa sortija, que es para ella un amuleto, una memoria de su padre.

JUAN. Vamo... una señal pa conocela! Pu güeno, voy á eya, y le igo. Clara, dame tu sortija, pa dársela á tu mare.

MAG. Y entonces, qué sería de mi incógnito?

JUAN. (Ya aguardaba yo la respuesta!) Es verdá! Pero, qué le hemo é jacé...?

MAG. Yo desearía que usted se la quitase con maña... de manera que ella la creyese perdida. Ignorando su valor, como lo ignora, no sentiría mucho la pérdida.

JUAN. Miste, señora... yo soy mu bonrao, y eso no es güeno...

MAG. (Le comprendo.) Deseche V. todo recelo. Yo no me atrevería á proponer un robo. Lo que pido á usted es una accion hasta meritória, y que yo agradeceré con todo mi corazon... y algo mas.

JUAN. Yo al fin y al cabo, si osté me asegura que no jago una cosa mala, y me paga bien el trabajo...

MAG. Su boca de usted será medida...

JUAN. Si? Pue jentonce, cuándo voy á yevá la sortija?

MAG. Cuando usted quiera, á cualquier hora será recibido.

JUAN. Güeno. (Me la va á pagá ma que si juera é brillante.)

MAG. (Tendré la sortija, y entonces...) A Dios, Frazquita; adios, doña Angustias. (vase.)

ANG. Adios, amiga mia.

ESCENA IX.

Dichos, menos DOÑA MAGDALENA, DOÑA ANGUSTIAS, D. JUAN, FRAZQUITA.

ANG. Has reparado, Frazquita? Lleva criado; si habrá hecho algun milagro el banquero inglés?

CÓMO está el mundo! Cómo está el mundo!

D. JUAN. Quieren ustedes melocotones?

ANG. (comiéndose uno.) Gracias. Cómo está el mundo! Cómo está el mundo!

ESCENA X.

Dichos, CECILIA y D. JUSTO.

CEC. Adios, amigas mias; qué tal, han visto ustedes muchos conocidos?

ANG. (con malicia.) Algunos. Ramirito y la Comisaria...

CEC. Eh!

JCS. Estate quieta, muger, parece que tienes horniguillo.

ANG. Tambien he visto á doña Magdalena. Y á propósito, sabe V que llevaba criado?

CEC. Oiga! pues ello algo es. Si la habrá caido la loteria?

ANG. O habrá encontrado algun buen partido para Luisita?

CEC. Sabe usted lo que sería bueno? Mandarles la murga.

TODOS. Já, já, já.

JCS. Qué ocurrencias tiene mi muger!

ESCENA XI.

Dichos, un CADELLERO.

CAB. Felices, señoras; adios, D. Justo; sabe usted qué hay de Luis Napoleon?

JCS. Hombre, no. Yo perdi anoche dos napoleones al tresillo.

VOCES. Unos ciegos.

TODOS. Que canten, que canten.

ESCENA XII.

Dichos, unos CIEGOS.

CIEGOS, cantando.

Esta tarde en la feria
entre el bullicio,
una niña bonita
se ha escabullido;
y unos señores,
la encontraron comiendo
melocotones.

TODOS. Bravo! bien!

CIEGOS. Habia esta mañana
en un barato,
medio par de calzones
de maragato;
los compró un sastre,
y sacó sin la sisa
catorce fraques.

AGENTE. Ea, fuera corrillos; el paso franco, y á otra parte con la música. (vanse los ciegos, los demas siguen paseando.)

ESCENA XIII.

Dichos menos los CIEGOS, PABLO.

PAB. Uf, qué apreturas! Qué confusión! A no estar ocupado y de mal humor, hoy había de gozar mucho. Cuanto mas gente, mas tontos, y cuanto mas tontos, mas diversion; en fin, vamos á lo que interesa. En vez de Sir Jorge, me he hallado con una carta suya para mí, para el pobre haraposito. Dios mío! no consintais que muera; es bueno, y hay tan pocos, tan pocos. (leyendo.) «Señor Pablo, cuando doy la mano á un hombre, es porque es mi amigo, y usted es el único que tengo aquí... Es un señor muy llano y muy... «Tengo un lance á muerte, si sucumbo, siga usted las instrucciones que contiene el pliego cerrado que es adjunto; y entre tanto haga usted pregonar ó anunciar mi cartera, que he perdido no sé cómo, y que me interesa recobrar. Su amigo de V. Sir Jorge.» Lo haré, señor, aunque supiera... Sir Jorge, yo tambien soy su amigo de usted. Haga usted pregonar ó anunciar la cartera... no haré tal; sino contuviera mas que noticias, pase; pero encerraba billetes de banco, y la cuestion varia notablemente; ademas, anoche en la taberna, dejó entrever... Si, Chorillo le habrá seguido, y ese muchacho... es un artista en su género; no hay duda; la cartera está en poder de Juan Bautiza, y de su poder vendrá al mío, porque así lo quiere Sir Jorge, y porque es justo... y porque si él es gitano... yo le ofreceré... y él accederá... y si no accede, le romperé la cabeza... Voy á verle; tiene gente, aguardaremos á que se vaya... Clara, qué hará ahora Clara? Qué contenta está con nuestra vivienda; «ya tengo casa», decia, batiendo las palmas... y á fe que nos hemos establecido pronto; aunque en estos dias una casa, no muy lujosa, se pone en un instante... y la mia no es muy lujosa que digamos: Sir Jorge, Clara, cuánto los quiero! Quién me había de decir, que podría querer á nadie? Está visto, cuando dentro de un cuerpo hay alma, la miseria no ensucia mas que la piel.

JUAN. Esa chavala me va poniendo en cudiño; á onde se abrá dio? Es preciso que yo la encuentre, porque esa sortija me può valer mucho trigo. Que no haya yo reparao en ella!...

PAB. Se quedó solo; pues, señor, á ello. (acercándose al puesto.) Guarde Dios al señor Juan.

JUAN. Señó Pablo! (Este la defendia, y tal vez sepa...) Hombre, malegro encontrarle á osté, poique así enmendará una aratá que jise anoche cuando estaba...

PAB. Como de costumbre, adelante.

JUAN. La probe Clariya... yo la quiero como una hija, es la verdad, pero anoche se ajumó y...

PAB. Sí, me lo contó; queria matarse, pero yo la consolé.

JUAN. Osté.

PAB. Si parecemos dos enamorados! Nos damos consuelos y sortijas...

JUAN. Que á garlao osté?

PAB. La verdad.

JUAN. Y dónde vive?

PAB. En mi casa.

JUAN. Osté tiene casa?

PAB. Sí, señor; pero no veo una razon para que usted se espante.

JUAN. Y de dónde le...

PAB. Yo jamás le he preguntado al señor Juan, de dónde le vienen esas telas que tiene en el puesto.

JUAN. Veo que es osté un hombre que avillela pesqui.

PAB. Así, así.

JUAN. Ya!

PAB. Pues. (pauza.)

JUAN. Quié osté ganó mucho parné?

PAB. Hombre, la pregunta me parece necia.

JUAN. Pus juea rodicos; si osté se verrea, ya sabe osté como las gasto; la ha dao á osté Clara un anillo?

PAB. (Dios mío, qué será!) Si, y qué?

JUAN. Pus pidame osté por él cuanto quiera.

PAB. (¡Hola!)

JUAN. No chanela osté?

PAB. Pido por esa sortija... la cartera que V. posee desde anoche.

JUAN. Ya!

PAB. Pues!

JUAN. (Teniendo la sortija pa na me sirve ese cadero.) Andando, venga.

PAB. No; á un tiempo, aja, já. (Yo lo sabré todo!)

Y ahora, señor Juan, (qué cara de tuno!) amistad eterna. Tal vez nos convendrá hablar largo y tendido; esta noche no tendré sueño, y la muchacha estara en parage seguro. Si el señor Juan quiere pasarse por mi boardilla, plazuela de Matute, número cinco...

JUAN. Le advierto que no llevo un pitoche sobre mi cuerpo.

PAB. Señor Juan, esa desconfianza me ofende. Lo digo, porque el negocio es bueno, y este lugar no es el mejor para tratarlo.

JUAN. Es la hora de la concurrencia, y si puedo sacar mas jugo á la sortija... Hasta la noche.

PAB. Hasta la noche. (Clara, en este asunto, qué será? Ya lo averiguaré).

VEN. Avellanas nuevas, avellanas.

CAN. A peseta los de á medio duro, á peseta.

VEN. A los ricos de Aragon, de Aragon.

VENDEDORES. Acerolas, acerolas. (los ciegos atraviesan el teatro tocando y cae el telón.)

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

LA BOARDILLA DEL SEÑOR PABLO.

Una boardilla, puerta al fondo, una ventana enrejada; una mesa tosca, la escena está alumbrada por una vela colocada en una palmaria de barro.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, despues PABLO.

CLA. Cómo tarda el señor Pablo; su tardanza me causa inquietud. Como ayer levantó el palo en la taberna, tal vez le haya buscado el señor Juan, y es tan malo... Oh! no quiero pensar en eso; él es tan bueno, tan generoso, tan franco! Cuando me quejaba de estar sola sobre la tierra, aquel que nunca abandona á los buenos, ha sabido depararme un padre.

PAB. (dentro.) Clara, hija mia?

CLA. (Ah! aquí está.) Ah! voy, señor Pablo. (abra.)

PAB. (entrando.) Buenas noches.

CLA. Muy buenas. Viene usted caído?

PAB. No mucho; he venido en coche.

CLA. En coche!

PAB. Si tal; ya ves, los coches ahora van muy baratos, tanto, que están al alcance de los mendigos.

CLA. Y ha sabido usted de Sir Jorge?

PAB. Si; no le he visto, porque tengo mucho que decirle, y querría hallarle solo, pero sé que está bueno y sano.

CLA. Es decir que su contrario ha muerto?

PAB. Tampoco: á lo que pudo entender el mozo de la fonda, Sir Jorge le quitó el sombrero, á no sé cuantos pasos, y han quedado tan amigos, que los he dejado juntos desocupando una botella de Jamaica, y hablando de caballos y perros de caza.

CLA. Bendito sea Dios!

PAB. Así me gusta; tú eres buena, hija mía, y tendrás buena suerte; como te he dicho otras veces, la vida es un anillo, y al fin y al cabo la piedra viene á caer sobre el dedo, y á propósito de anillo, ¿tiene alguna significación el que me diste anoche?

CLA. Si la tiene! Es el único recuerdo que tengo de mis padres!

PAB. Habla, habla, me interesa...

CLA. Desde muy niña, recuerdo tener ese anillo, que yo escondía en mi seno y veneraba como si fuera un escapulario; el señor Juan, por burlarse de mí, le llamaba mi dote.

PAB. Y al despedirte de él, por tu voluntad, pobre niña, ni un suspiro exhalaste entregándomele.

CLA. Le debo á usted mucho, señor Pablo, y no tenía nada que mostrarle mi gratitud; le ofrecí mi sortija, usted aceptó, y espero que la conserve.

PAB. Si, acepto... en calidad de depósito; algún día, acaso no muy lejano, necesitarás esa sortija de similar, y yo entonces te la daré en cambio de un abrazo muy apretado. (No debo decirlo aun... Pero ya se me olvidaba, qué cabeza! mira, á la puerta te espera el coche.

CLA. Para qué?

PAB. Para llevarte á casa de Sir Jorge; es necesario que le veas. (Ya habrá concluido de charlar con el otro! Mira, le entregas esta cartera; no la abras, yo tampoco la he abierto; son los secretos de nuestro protector; prescinde de tu condición de mujer, siquiera desde aquí hasta la calle de Alcalá.

CLA. Y usted no viene?

PAB. No... yo no puedo acompañarte. Espero una visita... Yoma! (observando un gesto de Clara.) Por qué no ha de tener también visitas el señor Pablo? Espero una visita, y no puedo menos de recibirla. Con que toma tu mantón... tu abanico... tu pañuelo... bien. Ahora bajas, (abre la puerta,) das mi nombre al cochero, y buscas á Sir Jorge, en la fonda de las Diligencias Peninsulares, número 32.

CLA. Pero señor Pablo, sola...

PAB. Eh! Sir Jorge es un señor muy guapo, y sobre todo, muy de bien; que sabe respetar á una mujer que se pone en sus manos. Vaya, adios, hija mía. Te ofrezco que iré á buscarle. Ah!

no tengas reparo en confiarle tu historia. El tiene mucho talento y tal vez... Ea, adios.

CLA. Bien, adios, señor Pablo.

ESCENA III.

PABLO, solo.

Cuánto la quiero!.. Y vea usted, cuando yo esperaba que sería el báculo de mi vejez, ahora encontrará sus padres... porque no hay duda, esa niña tiene padres, y es necesario que yo los encuentre, y los encontraré y se la entregaré, y me quedaré otra vez solo como un hongo... Hubiera sido tan feliz teniéndola á mi lado, porque trabajando ella, porque no se diese malos ratos, hubiera yo vencido este amor al ocio, al que me siento bastante inclinado... Vaya, vaya, su felicidad antes que todo... Lo que me extraña es, que el tunante de Juan Bautiza quiera la sortija con tanto empeño... y por mas que cablo, no acierto... No, como quiera hacer algo en contra suya, le sacudo un... (llaman.) Aquí está mi hombre.

ESCENA IV.

PABLO, JUAN.

JUAN. (viene algo bebido.) Guarde un dibé al señón Pablo.

PAB. Buenas noches. Tome usted asiento.

JUAN. Gracia; y ahora á un lao la paja, y jablemos claro y á palmo.

PAB. Me parece que tendrá usted sus dificultades al hablar claro.

JUAN. Pus como igo, yo no soy lerdo; se me ha encajao en la chiebi, que tiene usté algun buen negocio que jase, y me le quiere ocultar.

PAB. No le entiendo á usted.

JUAN. Vamo, parino, tanto afan por la cartera, eso algo qué isi.

PAB. Si tal; quiere decir, que usted y yo somos diametralmente opuestos; usted quita al prógimo lo que es suyo, y yo se lo devuelvo.

JUAN. Y gana usté mucho con el oficio?

PAB. Así, así.

JUAN. Pus naide lo diría; pero cuénteme usté que sabrá la historia de esos papeles.

PAB. Yo no sé ni mas ni menos, que lo que voy á decir. El extranjero que fui acompañando, tenía esa cartera; íbamos hablando; cuando se volvió á mi descolorido, y con voz trémula me dijo: «Pablo: mire usted si se encuentra la cartera que acabo de perder;» y al mismo tiempo vi que corría un chico por la calle abajo; perder... perder... mejor hubiera estado dicho que le acaban de robar; pero ya se ve, el mundo muchas veces llama perdidas á las cosas robadas; cree que hace la casualidad lo que hace la ligereza de los dedos... En fin, ya he cumplido su encargo: le devuelvo lo perdido y santas pascuas. Pero usted, señor Juan, cómo muestra tanto interés por la sortija?

JUAN. Yo? Porque veo que Clara y la sortija son dos alhajas que no se venden en la feria, y que hay compradores que las pagan, y yo estoy por darlas al que me alumbre má y lo haga pronto.

PAB. Qué dice usted?

JUAN. Si yo veo que este London de futraque quíe compra y tié parneses... y por otra parte, hoy me ha venio la maree á Clara; y me ha icho

que en cambio el anillo, lo que pía me dá, pero que solo el anillo, que no quiere que Clara vaiga a su casa.

PAB. (Oh! no es posible!) Usted ha visto a la madre de Clara! Sera una señora...

JUAN. Con papelina y too... me dió su targeta... (la arroja sobre la mesa, y Pablo la recoge.)

PAB. Y dice usted que no quiere ver a su hija?

JUAN. Habrá enconviniente y...

PAB. (No importa, yo la hablaré, Sir Jorge tambien; aqui Sir Jorge! si hubiera abierto su cartera, tal vez lo sabria todo... pero no... hice bien.)

JUAN. On Pablito, qué chimuya usté?

PAB. Yo... nada; pensaba en el negocio.

JUAN. Mu sencillo, usté tiene la chavala, y yo el anillo; entretiniendo al inglés y amenazando a la mare con desatapar el guisao, tenemos lo do una mina toos los dias diariamente.

PAB. Pero eso es una infamia.

JUAN. Pus así es como se hacen muchisimos negocios.

PAB. Es verdad. (El mismo me enseña el camino; yo haré tambien mi negocio, la felicidad de Clara. Diga usted, señor Juan, si obraran con usted como usted obra, qué diria?)

JUAN. Ma achantaria como a un defunto; pero quia; pa damela a mí, se nesecita...

PAB. (apagando la luz.) Muy poco. (queda la escena a oscuras, los dos van buscando la puerta; Juan queda cerca de la ventana.)

JUAN. Calla! on Pablito, no estornue usté tan fuerte; eso ya pasa é broma! (Si me habrá jecho una gatá? Como lo tope...) (saca una navaja.) Señó on Pablo, no platica usté? Ay! ya chanelo; te bas quedao con tó el secreto, y ahora no quies parti el parné? Quia, sin la sortija no pue jaserse nada, y miafá jecha aúicoz. (la rompe y tira los pedizos por la ventana.) Lo oyez, zorro viejo?

PAB. (encontrando la puerta y cerrando con llave.) Buenas noches.

JUAN. Y me incierra! Por via é mi mare, hay... quién se volviá lechuza! Luz, luz, clisos míos; la puerta, aonde está la puerta? (la encuentra é intenta descerajarla con la navaja.) Por via el mundo! (trabajando con fuerza.) La serraura no es moy fuerte; trabaja, Juan, trabaja; ah! ya va cediendo. ¡Ay! estoy mas abrasao que el jollin; trabaja, Juan, trabaja, un golpe fuerte y...

PAB. (dentro.) Ladrones!

Voces. (dentro.) Ladrones! La guardia!

JUAN. Man aplastao! (se abre la puerta y aparecen varios vecinos con luces; Juan tira la navaja.)

CUADRO SESTO.

POR UN ANILLO!

La decoracion del cuadro segundo. La mesa de trisillo colocada contra la pared, que representa el forillo. Es de noche. Luz sobre el piano.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, al piano; DOÑA MAGDALENA sentada a su lado.

MAG. Muy bien; has aprendido esa cancion con una facilidad admirable; y esloy segura de que agradará a Sir Jorge.

LU. Mamá, ¿con que tan rico es? Y vea usted, con ese trage tan sencillo... quién habia de decir...

MAG. Las apariencias engañan muchas veces, hija mia. ¿Quién habia de decir tampoco, que la conducta de Carlos seria tal que me obligara a despedirle de mi casa?

LU. Pero, mamá, ¿cuáles han sido esos motivos?

MAG. He sabido de él cosas inauditas. Jugador, tramposo, y sobre todo, distraido con una bailarina de no sé qué teatro.

LU. De veras?

MAG. Tengo noticias muy veraces.

LU. (despechada.) Me alegro, me alegro...

MAG. Niña, niña, ¿qué significa esto?

LU. Qué á pesar de todo... á pesar que me caso con Sir Jorge, y por complacerte... yo le tenia cierto cariño. y por perdoname... le habia escrito. Pero desde que he oido lo que me acabas de contar, deseo que venga para decirle en su cara que le detesto.

MAG. Quien probablemente vendrá esta noche, es Sir Jorge. Es preciso que emplees todo tu talento para parecerle hermosa... (Y Juan que no viene con la sortija!... Si me la pide el inglés, no sé de qué recurso echar mano para dilatarlo.)

LU. Me está bien este vestido?

MAG. Si, hija mia, Pero este rizo... Dios mio, qué cosa mas inverosímil! (se le arregla.) Esto ya es otra cosa. Así pareces otra.

ESCENA II.

Dichas, Rita.

RITA. Señora?

MAG. Qué te ha dicho?

RITA. He estado en el puesto de las ferias y me he encontrado en él un hombre y una mujer. He preguntado por el señor Juan Bautista, y me han dicho que no estaba, y que tal vez estaría en esta casa.

MAG. Aquí no ha venido nadie.

RITA. Así lo creo; porque al pasar por la plazuela de Matute, oí voces en una casa, que gritaban, «Ladrones!» Como yo soy así... tan curiosa, no me pude contener, y eché á correr para ver lo que era.

MAG. Y qué era? Concluye.

RITA. Unos guardias civiles que llevaban preso á un gitano medio borracho.

MAG. Y era el señor Juan...?

RITA. A lo menos así lo decia la vecindad.

MAG. (Todo se ha perdido!)

LU. Qué tienes, mamá?

MAG. Yo? Nada, hija.

LU. Me pareció que estabas agitada.

MAG. No... de qué?... Prosigue, Rita.

RITA. Lo raro es, que le habian cogido en la boardilla de un pobre de pedir limosna, que desde ayer se ha mudado allí con una hija que se llama Clara...

MAG. (Clara y el señor Juan alli...) Estás segura de que es ese su nombre?

RITA. Vaya! Si señora. Me ha dado todas estas noticias el señor Ildefonso, el tendero de aceite y vinagre, que vive en la misma casa, y que sabe al dedillo la crónica de la vecindad. Y lo que dice él: puede que el señor Juan tubiera

relaciones con esa muchacha... porque ya vé usted, que una niña joven y bonita... dicen que es una perla

MAG. ¡Calla! calla! (hija mía!)

LUC. Mamá, tú tienes algo... Vete, Rita, le afecta a mamá tu conversación.

RITA. Pues es lo que me ha contado el señor H-defonso.

MAG. Sí, vete, vete... (Mi hija en un estado tan despreciable, y yo tengo la culpa! Dios mío! Dios mío!) (vase Rita)

LUC. Pero mamá, ¿qué tiene de particular lo que le ha contado Rita?

MAG. Déjame sola, hija mía; yo no podría explicar... Necesito recoger mis ideas.

LUC. Bien, mamá.

ESCENA III.

DOÑA MAGDALENA.

Yo no había pensado en esto... y es la consecuencia natural de mi primera falta... Si; habiéndose sola... sin padres... habrá comprado con su deshonra el pobre sustento que la daba el señor Juan... porque el señor Juan no es generoso... Tal vez los remordimientos la han hecho abandonar su casa... y él... Y Sir Jorge había de dar su mano a una... Y yo en el mundo, había de presentarla como mi hija? No... no puede ser...; hija mía, es tu madre quien te condena al olvido para siempre... mientras tu hermana... Su hermana! También se ha hecho imposible su felicidad. Esa sortija yo no la tengo. Vendrá Sir Jorge, la reclamará... al ver que no la tengo, empezarán sus dudas, se informará y... Dios mío! Dios mío! todo lo he perdido para siempre. (música en la calle.)

ESCENA IV.

MAGDALENA, RITA.

RITA. Señora, señora, los músicos vienen a felicitar á usted por el próximo enlace de la señorita,

MAG. (Ya lo sabe todo Madrid!) Qué vergüenza! Rita. Qué les digo?

MAG. Que se vayan, que se vayan.

RITA. Bueno. ¿Qué humor tiene esta noche la señora! Ah! y un pobre haraposito ha venido también, de parte del señor Juan.

MAG. Que pase al momento.

ESCENA V.

MAGDALENA, luego PABLO.

MAG. Traerá la sortija. Aun no se ha perdido.

PAB. (entrando.) Buenas noches, señora.

MAG. Vamos, escuse usted los saludos, y diga sin rodeos, que es lo que puedo hacer...

PAB. (interrumpiéndola.) Por mí, señora, nada. No vine aquí á pedir limosna, sino á interesarme en favor de una niña, inocente víctima de la injusticia del mundo; si viera usted á Clara... á su hija... es tan hermosa...

MAG. Oh! por Dios, baje usted la voz, que no oiga el mundo ese nombre, que resuena incesantemente en mi corazón. Me alegro que esté hermosa, pero...

PAB. Ah! señora, si la hubiera usted visto esta mañana! Corrió á mis brazos, y cubriéndome de besos las manos... Pablo!... Pablo! me decía, sería yo tan feliz con un beso de mi madre! Y suspiraba y lloraba... y yo con ella, porque no veo una razón para que usted la rechace; es su hija de usted, señora, es su hija.

MAG. Sí; pero es una hija que no puedo reconocer sin hacerme criminal; porque el mundo que ahora me adula y me respeta, me daría entonces su desprecio y su sonrisa irónica, y me condenaría á morir de dolor, de vergüenza. Además, ella no podría ser feliz en este estado.

PAB. Al contrario, señora, su estado es el mío; yo estoy mas acostumbrado, y sin embargo, le cambiaría por cualquiera otro.

MAG. Pero que interés?

PAB. (enfadado.) Menor que el que usted tendría, si tuviera entrañas.

MAG. Usted me reprende?...

PAB. No; yo la desprecio.

MAG. Oh! acabemos. (Si me habrá vendido el gitano!) No le ha enviado á usted Juan Bantiza?

PAB. No señora; yo soy el que le ha enviado...

MAG. Dónde?

PAB. A la cárcel, por tuno. El rompió la sortija...

MAG. Ah! me ha perdido usted.

PAB. Pero yo fui mas gitano que él, le engañé, le di una falsa. La de Clara está aquí.

MAG. Ah! venga, venga.

PAB. Ca! no señora.

MAG. Sí, la quiero, la quiero á todo trance.

PAB. Se conoce que la importa á usted mucho; pues bien, tómela usted, pero que venga aquí Clara.

MAG. Imposible.

PAB. Pues no hay sortija.

MAG. Oh! sí, sí, ladrones. (al balcon)

PAB. Hola, quiere usted escándalo? Pues bien, le habrá; á mí no me asusta el ruido. (al balcon.) Aquí vive una madre desnaturalizada!...

MAG. Calle usted, por Dios.

PAB. No quiero; voy á contárselo á todo el mundo. (á la puerta.)

JOR. Es inútil.

ESCENA VI.

Dichos, SIR JORGE.

MAG. Ah!

PAB. Sir Jorge!

JOR. Lo sé todo, señora. Pablo, á la puerta hay un carnage, donde está mi esposa Clara, esperando que su madre la reciba; haga usted el favor de hacerla subir.

MAG. Mi hija aquí!

PAB. Su esposa... no lo entiendo; ella me explicará... (vase.)

JOR. Ahora, señora, oigame usted; por su codicia puso usted á dos hombres en la senda del crimen; por su egoísmo iba usted á ultrajar las cenizas de un muerto; y por su egoísmo, en fin, era usted mala madre...

MAG. No, por amor de Dios...

JOR. Pero la perdono á usted todo, todo, con una condición.

MAG. Ah! diga usted.

JOR. Qué finja usted por última vez, que la abraze, y aunque sea muy bajo, para que no le oi-

ga el mundo, la llame usted su hija; para que esa pobre niña pueda vivir feliz, y no pueda creer jamás que su madre la ha negado.

MAG. Ah! no tiene usted entrañas.

JOR. Y usted, señora?

ESCENA VII.

Dichos; CLARA, PABLO y despues LUISA.

CLA. Mi madre! Dónde está mi madre?

PAB. Ah! la tienes, Clara.

CLA. Madre mía!

MAG. Hija de mi corazon! (*se abrazan.*)

JOR. (Que hermoso es tener madre y darla un abrazo!)

CLA. Madre de mi alma!

PAB. Si, si, tu madre, que te buscaba por todas partes, como loca; por el puesto del señor Juan, por...

MAG. (*bajo á Pablo.*) Es usted muy cruel!

PAB. (*id.*) (Bueno, callaré, no diga usted que no soy generoso.) Y ahora, Sir Jorge, permítame usted que ofrezca á Clara su regalo de boda... tu sortija.

MAG. Y yo la caja que encierra el retrato de su padre.

LUI. (*que sale por la izquierda.*) Mamá!

CLA. Ah!

MAG. (*á todos.*) Silencio, por Dios. Pobre Luisa, que infeliz va á ser!

JOR. No tal, déjeme usted hacer. (*á Luisa.*) Señorita, á pesar de la desagradable escena que presencié usted, soy el mejor amigo de Carlos, que la ama, y á quien usted corresponde.

LUI. Yo!..

JOR. He visto su carta de usted; ahora bien: yo he venido á arreglar este asunto con la mamá, que accede.

LUI. De veras?

CLA. (*bajo á doña Magdalena.*) Conque esta es?..

MAG. Por Dios, hija mía!

JOR. Y al mismo tiempo, presento á usted á mi esposa, que si usted lo permite, será su madrina de boda; espero que se amarán ustedes... como hermanas.

CLA. Oh! Si.

LUI. Es muy hermosa.

PAB. Bien, así me gusta; aqui hay corazon.. Es verdad que tienen pocos años... En fin, ahora me toca á mi; Clara, venga un abrazo, es lo pactado. (*se abrazan.*) Sir Jorge, esa mano; señora, cuénteme usted por su amigo, y no la espanten mis barapos, porque cuando dentro de un cuerpo hay alma, la miseria no ensucia mas que la piel.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Aprobada en sesion del 18 de setiembre de 1849.—*Baltasar Anduaga y Espinosa.*—Es copia del original censurado.

Madrid, 1850.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALANA,

calle del Duque de Alba, núm. 12.

